El joven Pivel (1928-1940)¹

Young Pivel (1928-1940)

Escrito por **Néstor J. Gutiérrez**

Resumen

Cuesta imaginarnos a Juan E. Pivel Devoto, el gran historiador nacional, como una persona joven. Si bien el título de este segmento parece poco original —porque remite al joven Marx, al joven Hegel, y hasta al joven Quijano, en Uruguay—, encierra un irónico oxímoron, pues hablar de Pivel supone generalmente hacer referencia al historiador, y la imagen que se repite es la de un hombre con pelo grisáceo, enjuto y ya entrando en la ancianidad. Sin embargo, existió un joven Pivel que, entre sus veinte y treinta años, se encargó de escribir, investigar y recabar información y documentación, además de gestar sus redes intelectuales. En consecuencia, en este breve artículo trabajaremos con los primeros (y muy poco conocidos) treinta años de la vida de Pivel, concentrándonos en su llegada a Montevideo, cuando era un niño, desde su Paysandú natal, hasta la designación como director del Museo Histórico Nacional (MHN) en 1940.²

Palabras clave: Pivel Devoto — Historiografía — Intelectuales — Uruguay

Abstract

We have to struggle to imagine Juan E. Pivel Devoto, the great national historian, as a young man. If the title of this article seems unoriginal because it reminds the young Marx, the young Hegel and even the young Quijano in Uruguay, it also encompasses an ironic oxymoron. Although Pivel generally refers to the historian, the image which pervades is that of the thin grey-haired and aging man.

However, there existed a young Pivel who wrote, did research and collected information and documentation in his 20s and 30s, apart from enabling intellectual networks. This article focuses on the first (and little known) 30 years of his life and, specifically, his arrival in Montevideo as a child from Paysandú till his appointment as director of Museo Histórico Nacional (MHN) in 1940.

Keywords: Pivel Devoto – historiography – intellectuals – Uruguay

Juan Ernesto Pivel Devoto, hijo de Juan Pivel —de supuesto origen vasco-francés³— y de Laura Devoto —hija de italianos⁴—, nació en 1910 y se crio en un hogar de clase media en el departamento de Paysandú (Vidaurreta, 2001: 17). La vida montevideana del joven Pivel (Pichón en la intimidad, según consta en su correspondencia privada) se desarrollará en su casa paterna⁵ desde los nueve años hasta su mudanza, ya casado en 1942, al barrio de Punta Carretas.⁶

Fue un autodidacta orgulloso en momentos en que no existían aún ni la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, creada en 1945, ni el IPA (Instituto de Profesores Artigas), fundado en 1949, centros donde se forman hasta el día de hoy historiadores y docentes de historia. Pivel se dedicó desde los veinte años a la docencia, actividad en la

cual se desempeñó hasta 1982, cuando fue destituido por la dictadura cívico-militar. Su primer contacto con la historia fue a través del Ensayo de historia patria (1923) de hd —Hermano Damasceno, seudónimo de Gilberto Eduardo Perret—, libro que sirvió de manual a todos los estudiantes de educación primaria y media, y en el que se establecieron los pilares de la historia «nacional» y «patriótica» (Palomeque, 2012; Sansón, 2011b). Pivel recuerda en una entrevista hecha por Vidaurreta que los primeros libros no escolares que leyó fueron Tabaré y La Leyenda Patria de Juan Zorrilla de San Martín (Vidaurreta, 2001: 20).⁷ Debemos remarcar que Vidaurreta se transforma en su biógrafa ya que el trabajo, editado primeramente en Estados Unidos,⁸ intentó realizar, sobre la base de un diálogo entre el protagonista y su excolaboradora, iniciado en 1955, una semblanza de la personalidad intelectual de Pivel. Es la más extensa entrevista que se le realizara. También resulta un importante documento porque constan, en los papeles de Pivel en el Archivo General de la Nación —en adelante AGNU—, varias copias con las correcciones hechas por el protagonista de la entrevista. Esto supone la construcción de un libro autobiográfico, que puede ser visto como una forma de autoconsagración.⁹ Esta referencia, que será citada en todo el trabajo, entra en relación con la correspondencia que se encuentra en el AGNU. Debemos remarcar el carácter dialógico que pretendemos mantener entre dichas fuentes, que tienen orígenes cronológicos diversos y que suponen cierto nivel de complejidad para el análisis del investigador.¹⁰

Prosiguiendo con la semblanza de Pivel, a los ocho años, con un grupo de compañeros, decidió publicar el periódico *El Uruguay*, en donde comenzó escribiendo sobre personajes históricos, ayudado por el libro de HD. Uno de los primeros protagonistas de sus escritos fue Leandro Gómez, héroe blanco de la resistencia en Paysandú frente al ejército reunido por el colorado Venancio Flores en 1865.

Durante el batllismo, su familia tuvo un buen pasar económico, lo que le permitió viajar a Montevideo en 1919, en donde se instaló a estudiar en los Talleres Don Bosco, de enseñanza religiosa y privada. Pivel cuenta, construyendo su imagen de *self made man*, que en aquellos años leía y recortaba todos los diarios, y los pocos ahorros que conseguía guardar los invertía en libros con los que fue conformando lo que más adelante será una de las bibliotecas más importantes de Uruguay. Según consta en una serie de artículos sobre bibliotecas de intelectuales, presentados por Ángel Rama en el semanario *Marcha* en 1961, su biblioteca contaba con alrededor de treinta mil volúmenes, repartidos en todas las partes imaginables de su casa. La mayor parte era de historia, como era de esperar.

En 1923, ingresó en la educación secundaria en el IAVA (Instituto Alfredo Vázquez Acevedo) —que en ese entonces dependía de la Universidad—. Justo en aquel año culminaban las obras para la erección del monumento a Artigas en la plaza Independencia, las cuales siguió de cerca. A partir de ese momento, comenzó a estudiar a este prócer gracias a la lectura de *La epopeya de Artigas* de Zorrilla de San Martín, libro que le había regalado su madre, quien también le obsequió *Historia de la dominación española en el Uruguay* de Francisco Bauzá, el historiador que más marcó a Pivel en su vida (Vidaurreta, 2001: 24). El día de la inauguración del monumento, el 28 de febrero de 1923, Pivel se encontraba entre los asistentes y escuchó todos los discursos, entre ellos el del propio Zorrilla.

En el IAVA, donde Pivel cursó el secundario, contaba con una biblioteca bien nutrida. Según recordaba nuestro protagonista, allí comenzó a dedicarse enteramente al estudio de la historia —tanto era su interés, que quedaba libre por faltas en las distintas asignaturas, las que finalmente debía rendir en forma libre (Vidaurreta, 2001: 23).

Por otro lado, y una vez terminada la instancia de educación secundaria, el joven Pivel realizó sus primeros pasos como trabajador ingresando al Estado (inicialmente como trabajador para ute, gracias a las gestiones de su padre), algo que mantuvo incambiado hasta su muerte. Rápidamente logró hacerse un lugar fundamental en la estructura estatal, que le permitió en muy pocos años posicionarse en un centro relevante de poder. Claro está que el conocimiento de cómo funcionaba la lógica estatal fue fuertemente influenciado por su padre, Juan Pivel, que tuvo una larga carrera como funcionario en UTE y que también fue un importante político del Partido Colorado de facción vierista en el departamento de Paysandú.

A la hora de ingresar al nivel terciario, la decisión que adoptó el joven Pivel fue continuar con los estudios humanísticos, entre los que se orientó hacia la abogacía, ya que no existía aún la Facultad de Humanidades como hemos mencionado anteriormente.

Al no haber una institución que formara en estudios terciarios sobre historia, los futuros investigadores debían, en su mayoría, hacerse de planes de lecturas, influidos por otras obras de importancia historiográfica o por docentes y demás investigadores *amateurs* que pudieran sugerir derroteros ya transitados por ellos. En consecuencia, Pivel decidió cursar únicamente las materias que le interesaban dentro de la Facultad de Derecho y armarse un plan de lecturas,¹¹ que cumplía a rajatabla, con Bauzá como guía.¹²

Si nos acercamos a la «Reseña preliminar» de la *Historia de la dominación...*, podemos observar el orden dispensado por Bauzá a la bibliografía que consideraba pertinente consultar. Allí estableció distintos niveles: inicialmente, la enumeración de los archivos de cronistas, escritores, viajeros, historiadores y demás autores que abordan el período colonial; luego, la bibliografía jesuítica argentina y brasileña, para cerrar con la uruguaya, que es la que nos interesa considerar aquí.

Lo que Bauzá apreciaba como el «mayor tesoro bibliográfico» era la serie documental de la *Biblioteca del Comercio del Plata*, en cuyas páginas estaban las colecciones de Florencio Varela, Andrés Lamas y Vicente Fidel López (Bauzá, 1965: 63 y 64). Posteriormente, mencionó otras dos colecciones documentales: los *Libros capitulares de Montevideo* (en cuatro volúmenes), iniciada por Antonio Mascaró y terminada por Isidoro de María, y el *Límite Oriental del territorio de Misiones* (en dos volúmenes), donde estaba el *Diario de Cabrera*, publicado por Melitón González. Para finalizar la lista, Bauzá hizo referencia al Artigas (un volumen) de Clemente Fregeiro.¹³

Con respecto a los libros de historia, Bauzá mencionó a diecisiete autores, de los cuales seis fueron publicados por la Colección de Clásicos que luego Pivel se encargó de editar para el Estado nacional (tres tuvieron un prólogo de su autoría, lo que demuestra el interés y la perseverancia de sus primeras y juveniles lecturas).¹⁴

Además de lo editado en la Colección suponemos, como consecuencia de lo manifestado por Pivel (Vidaurreta, 2001), que el resto de los autores leídos probablemente durante su juventud fueron, entre otros, De Pascual, cuyo seudónimo era Adadus Calpi (*Historia de la República Oriental del Uruguay*) —aunque, según comentaba Bauzá, estaba muy desacreditado entre los americanistas—; Francisco Berra (*Bosquejo histórico de la República Oriental del Uruguay*), quien fuera también desautorizado; Antonio N. Pereira (*Artigas y las invasiones inglesas al Río de la Plata*); Antonio Díaz (*Biografía de Artigas*); Juan Maeso (*El general Artigas*); Domingo Ordoñana (*Fray Bernardo de Guzmán*); Gregorio Pérez Gomar (*Américo Vespucio*); Víctor Arreguine (*Historia del Uruguay*); Andrés Lamas (*Estudio sobre el escudo de armas de Montevideo*); Mariano Soler (*La América precolombina*) y José Figueira (*Los primitivos habitantes del Uruguay*).¹⁵

El plan de lecturas que siguió Pivel fue completado con el estudio directo de los documentos disponibles en Uruguay. Por ello, comenzó sus visitas asiduas a diversos repositorios como el AGNU, el Archivo de la Catedral y el Archivo del Estado Mayor del Ejército, donde luego de tantos años de consulta fue alistado como soldado para seguir con sus búsquedas. Desde allí comenzó a formar las redes intelectuales que le permitieron ser un ilustre conocido en el pequeño campo intelectual uruguayo. En consecuencia, y gracias a su interés por la historia, terminó convirtiéndose en docente e investigador.

Luego de sus estudios nóveles, se ocupó de la transcripción de documentación relacionada con la historia nacional y diplomática, preparando las series documentales que posteriormente utilizó como base para sus obras como encumbrado historiador. Como veremos, en sus primeros años de carrera, abordó el período de formación del nuevo Estado uruguayo (1826-1835), centrándose en sus misiones diplomáticas, debido a su función como investigador del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Primeros pasos como historiador

Como mencionamos anteriormente, durante los años treinta no existían establecimientos estatales donde formar a los nuevos historiadores, la historia era escrita por abogados, políticos y aficionados. Sin embargo, había algunas instituciones que cumplían ese papel. Por ejemplo el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, centro de socialización y profesionalización de los nuevos historiadores. Este fue el sitio donde el joven Pivel entabló relaciones que le permitieron generar sus primeras publicaciones e intercambios en la

disciplina. Una de las bisagras fundamentales para la formación académica de Pivel, y la gestación de sus primeros artículos, fue su constante contacto con quien fuera el presidente del Instituto Histórico, Julio Lerena Joanicó, como veremos más adelante.

La primera investigación realizada por nuestro joven protagonista antes de ingresar al campo historiográfico fue una biografía sobre el general Julián Laguna (1782-1835). Si bien la publicación no fue editada, lo cierto es que Pivel hizo circular alguna copia. En 1931, el historiador Luis Enrique Azarola Gil le ofreció al joven Pivel publicar una copia de trescientos ejemplares en España, lugar donde residía,¹⁶ lo que da cuenta de sus buenas vinculaciones intelectuales y de cierta calidad en sus primeros escritos. Sin embargo, entre idas y vueltas el proyecto se cayó.¹⁷

Más allá de su tímido inicio como historiador destacamos, respecto a sus publicaciones, tres etapas: la primera tuvo que ver con sus nóveles indagaciones sobre las imprentas; luego, con sus estudios diplomáticos, para finalizar, con su primera investigación de importancia, que lo catapultó como un serio e influyente historiador.

Es necesario señalar que, en sus dos publicaciones iniciales de 1930, se encargó del estudio de la imprenta del Ejército Republicano, de la Provincia Oriental y de la de San Carlos de Maldonado (las últimas dos con la ayuda de su amigo Guillermo Furlong Cardiff,¹⁸ quien complementaría los estudios del lado argentino).

Por ejemplo, en su segundo trabajo, titulado *Historia y bibliografía de la Imprenta de la Provincia (1826-1828) y de la Imprenta San Carlos (1930)*, Pivel ensayó un estado de la cuestión con respecto a lo que se había escrito sobre las imprentas, con foco en los errores que habían cometido los historiadores anteriores, frente a lo cual demostraba su propio conocimiento del campo, y una postura crítica y detallista ante la investigación histórica. Este rasgo fue desarrollado posteriormente por Pivel, quien siempre hizo alarde de su sabiduría histórica, citando obras y documentos *in extenso*,¹⁹ además de que, para apoyar su discurso y ser más efectivo en sus valoraciones, criticaba a varios historiadores reconocidos.

La mayor parte de los documentos citados en *Historia y bibliografía...* eran inéditos, según mencionó Pivel (Vidaurreta, 2001: 40). Justamente, este segundo artículo, que parece más acabado que el primero, posee un detalle interesante, ya que Pivel y Furlong asumieron un error en la publicación anterior sobre el mismo tema, editado en Buenos Aires.²⁰ Ambos afirmaron que

“

[...] al terminar la guerra del Brasil, en el año 1828, la Imprenta del Ejército fue conducida a la Aguada, pasando a ser entonces Imprenta del Estado y refundiéndose luego con la Imprenta Republicana, la que hacíamos aparecer como ex imprenta de la provincia. Tal afirmación, fruto de un error lamentable que nos apresuramos a rectificar, es inexacta. La Imprenta del Ejército, una vez firmada la paz y luego conducida a la Aguada, no fue la Imprenta del Estado como decíamos, sino que se denominó Imprenta de la Libertad, la que, instalada en Montevideo, funcionó en esta ciudad por varios años. (Pivel y Furlong, 1930: 19).

”

Sin embargo, también se citó una inexactitud cometida por Isidoro de María en *Montevideo antiguo*, respecto del nombre de un prensista, José María Rosete, mencionado varias veces por de María pero que, según probara Pivel, no aparecería en ninguna lista de las consultadas.²¹ Posteriormente se transcribieron las tablas del debe y haber de la Imprenta de la Provincia, así como los traslados, costos y alquiler de sus distintas piezas. Además, se adjuntaron los contratos de los distintos empleados que trabajaron, señalando sueldos y nombres, manifestando un conocimiento cuantitativo y cualitativo del objeto de estudio. Finalmente, se enumeró aquello que se imprimió y en qué lugar del territorio se hizo, ya que era una imprenta circulante. Respecto a la Imprenta de Maldonado, Pivel manifes-

tó que existió pero que, al no haber documentación disponible, no se pudo desarrollar un estudio más detallado.

Estos primeros artículos, producidos por el joven Pivel, ponen en evidencia el esfuerzo de generarse un espacio en el campo intelectual nacional, apelando al mérito propio de un investigador en formación. La acumulación de citas como marca erudita, la falta de interpretación global para con la historia uruguaya y regional, la escasez de reflexiones y los apuntes de detalles menores, sin afirmaciones innovadoras (como en el ejemplo arriba mencionado), evidencian su carácter *amateur*.

Sin embargo, también podemos advertir que los trabajos iniciales de Pivel presentan un camino que quedó trunco para la historiografía uruguaya, ya que se los puede considerar como antecedentes de la llamada «Historia del libro». El posterior derrotero biográfico de Pivel, y su lento pero seguro avance en el campo historiográfico nacional, lo hicieron mantener una línea tradicional, ocupada más por los estudios políticos que por otras formas de historia innovadoras, e incluso de vanguardia para la época. La muerte de Eduardo Acevedo Vázquez²² y la dirección del MHN, así como el apoyo político del herrerismo, le facilitarían las tareas.

La historia diplomática

Luego de sus primeras dos publicaciones como investigador entre 1931 y 1933, Pivel llevó adelante una serie de estudios histórico-diplomáticos, gracias a su ingreso en la Comisión de Límites del Ministerio de Relaciones Exteriores. El interés por este tipo de temas fue, como recordó él mismo en la entrevista realizada por Vidaurreta, enmarcado dentro del problema que representaba en la época la falta de límites geográficos con Argentina y la imprecisión con respecto a Brasil, que recién años más tarde pudo ser resuelta entre los dos países (Vidaurreta, 2001: 40).

Los artículos que derivaron de dichas investigaciones fueron editados en el *Boletín*²³ del Ministerio de Relaciones Exteriores, que reiniciaba sus publicaciones (segunda época), y en la *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*. Las temáticas se relacionaban con documentación diplomática —misiones de Nicolás Herrera y Francisco Muñoz— y con estudios críticos de algunos documentos —como sobre Fructuoso Rivera y los «Corsarios artiguistas»—.

En 1932, el joven Pivel publicó *La misión de Nicolás Herrera en Río de Janeiro* (en la imprenta El Siglo Ilustrado) que le permitió ganar un premio del Ministerio de Instrucción Pública. Envió muchos de los ejemplares a los integrantes de sus redes en Argentina y Brasil para hacer circular lo que publicaba y generar lazos con otros intelectuales a nivel regional.

Fue en la publicación llamada *De nuestra historia diplomática*, donde la dirección del Boletín subrayó la presencia del novel investigador:

“

El «Boletín» ha sido feliz pues pudo confiar esa investigación documental al señor Juan E. Pivel Devoto, que reúne ampliamente todas las condiciones necesarias. A su estudiosa pasión por la papelería y a su notoria capacidad une la consagración de ser autor de libros que, como —entre otros— «La misión de Nicolás Herrera a Río de Janeiro», están contruidos con verdadero criterio científico y redactados con severa elegancia (Pivel, 1933a: 4).

”

Esa calidad demostrada como archivista y paleógrafo, así como también sus dotes como investigador, permitieron su designación para desarrollar dicha investigación, como si fuera un mérito destacable entre los demás. Sin embargo, lo que no se dice es que, en este éxito, también jugó un papel importante el buen manejo de las redes intelectuales

por parte del propio Pivel.

Nuestro joven protagonista llevó adelante la transcripción de dos documentos para anexionar a la historia diplomática del Uruguay. Si bien las fuentes habían sido editadas, Pivel dijo que «Al proceder [...] a su publicación, lo hacemos como corresponde: respetando fielmente la forma del original, fundamental detalle éste que no ha sido observado por los publicistas antes citados» (1933b: 5). Este punto fue insistentemente repetido por Pivel en las distintas instancias de reunión que tuvo con la comisión editora del Archivo Artigas, donde el respeto por el documento era una de sus obsesiones y por lo que se ganó duros enfrentamientos hasta con el propio presidente de la comisión, Eduardo Acevedo. Prontamente, y gracias a su actividad dentro del Instituto Histórico, sus nuevos contactos políticos e intelectuales y su temprano reconocimiento en el campo cultural uruguayo como un prometedor historiador le otorgaron la posibilidad de realizar un viaje a Brasil para desarrollar funciones de copista e investigador.

El viaje a Brasil y el Congreso Cisplatino

Parte importante en la formación de cualquier historiador es el contacto con el archivo, fuente de fortalezas argumentales y lugar de conocimiento que permite construir obra. A raíz de ello, en agosto de 1934, el joven Pivel viajó a Río de Janeiro a bordo del barco *General Osorio*, enviado por el Instituto Histórico para realizar tareas de archivo en el país vecino. Nuestro joven protagonista vivió durante cuatro meses en la rua Silveira Martins número 14 en el barrio de Flamengo.²⁴ Su nueva casa estaba ubicada en un lugar privilegiado de la *cidade maravilhosa*, tan solo a dos cuadras de la playa. Frente a donde se quedaba el joven Pivel todavía hoy hay un parque con abundante vegetación silvestre, y al lado se encuentra el Jardim Histórico y el Museu da República.

Según relataba el incipiente historiador, durante su estadía en Brasil prácticamente no comió nada y volvió a Montevideo anémico debido a la cantidad de horas que estuvo trabajando (Vidaurreta, 2001: 34 y 35). Si bien en la correspondencia que se puede consultar en el AGN es insistente cómo muchos de sus amigos muestran cierta preocupación por el arduo trabajo realizado por el novel investigador, hay otros aspectos que nos hacen sospechar que no todo fue encierro en esos cuatro meses.

El viaje a Brasil resumía muchas cosas: era irse a un lugar exótico, extraño, alejado (se llegaba en barco en seis días). Las cartas que intercambia con sus afectos nos permiten conocer el círculo íntimo del joven historiador: le escriben su padre, su hermano Totó (Ulises Pivel Devoto, más tarde legislador por el Partido Nacional), sus amigos historiadores, entre otros. Pivel dejaba a su novia, la Beba, en Uruguay; durante estos meses la correspondencia nos da cuenta de un amor juvenil, casi adolescente.²⁵ Sin embargo, las cartas con sus amigos eran más subidas de tono.

Claramente el viaje que hacía Pivel estaba rodeado de un aura de sexualidad juvenil, de ciertas libertades que en Montevideo parece no se experimentaban. Este era el imaginario que tenían todos los que le escribían por aquellos meses. Por ejemplo, uno de sus amigos le consultaba: «Qué tal el Brazil? [sic] ¿las fulanas la tienen en consonancia con el clima?».²⁶ Otro, el también joven historiador Juan Kenny (íntimo amigo en aquellos años), le recomendaba a Pivel que probara el ananá cristalizado de la confitería Colombo, que «es lo mejor que produce el Brasil, excepción hecha de las meninas, que no conozco».²⁷ Según Kenny, nuestro joven protagonista no solo estaba ocupado con el trabajo en el archivo, sino que también utilizaba sus tiempos en paseos «con cierta copista».²⁸ Un amigo que firmaba como Raúl enfatizaba que «Me figuro que las chicas de por ahí te colmarán de toda clase de atenciones, de manera que no tendrás de qué quejarte», y cerraba: «Deseando que la pases lo mejor posible, y que no te dejes llevar por el mal camino».²⁹ Por su parte, el también historiador Juan Antonio Rebella concluye en una de las misivas que «Las entrelíneas de su carta, así como algunas conversaciones que tuve con Kenny me dejan entrever que Ud. se ha conquistado al Brasil, representado por sus hombres de letras e historiadores y... por las brasileñas».³⁰

Durante su estadía por las exóticas tierras brasileñas, el maduro Pivel se olvidó de comentar que el joven Pivel se encontró y mantuvo relaciones asiduas con la comitiva de Gabriel

Terra³¹ que, luego del golpe de Estado, realizaba una visita diplomática. También, una vez llegado a Brasil Pivel entró en contacto con historiadores regionales con quienes mantendrá comunicación durante toda su vida, tal fue el caso del brasileño Walter Alexander de Azevedo (1887-1958), que le presentará, a su vez, a Efraím Cardozo (1906-1973, historiador y político paraguayo); además, entrará en contacto con el grupo de investigación de la Revolución riograndense de los farrapos: Aurelio Porto, Jonatas da Costa, Rodolfo García, Emilio Fernández Souza Docca, Rego Monteiro y Borges Fortes (Vidaurreta, 2001: 34).

Durante esos cuatro meses el joven Pivel trabajó, según contaba él, durante doce horas diarias en los archivos de la Biblioteca Nacional (sección manuscritos y libros raros) y el Archivo Público.³² Además, el novel historiador pudo ingresar a Itamarati gracias a la gestión de dos de sus amigos, el embajador uruguayo en Brasil Juan Carlos Banco y el general brasileño Augusto Tasso Fragoso (Vidaurreta, 2001: 35).

Ese trabajo constante del que daba cuenta el joven Pivel en sus cartas preocupaba a muchos de sus amigos, tal fue el caso de Caviglia, quien le dio algunas recomendaciones para disfrutar y aprovechar el viaje: «Está bien que trabaje, pero hágame caso, dedique todos los días, un par de horas como mínimo a contemplar la belleza de Río [...]. No se olvide. No es perder el tiempo, es juntar salud. Y reunir para el futuro, fotográficamente en el cerebro un álbum prodigioso, donde durante toda su vida beberá la inspiración, sin la cual, la obra histórica es fría y fósil».³³ Caviglia parecía vivir a través de su amigo las distintas peripecias de un viaje tan exótico, sus cartas se repiten en el AGN con mensajes alternados entre recomendaciones, internas del Instituto Histórico y pedidos de documentos historiográficos.

Mientras tanto, en Uruguay la situación política estaba sacudida por la huelga de los gráficos que dejó a Montevideo sin diarios salvo *El Bien Público* y *La República*. Cabe destacar que durante toda la estadía de Pivel en Brasil, todos sus amigos relataron el día a día del conflicto. El 20 de agosto de 1934, según le cuenta Rebella, los diarios reanudaron su actividad, lo que generó un grave problema con los canillitas y los gráficos sindicalizados que salieron a la pesca de compradores de los periódicos para quitárselos y de paso agredirlos.³⁴ El acontecer político del país le interesaba de sobre manera a estos jóvenes, y algunos no tanto, historiadores que formaban parte del círculo íntimo de Pivel, ya que todos tenían una doble actuación dentro del campo cultural y político del Uruguay.

En la entrevista realizada por Vidaurreta (2001), Pivel recordó que gracias al viaje a Brasil pudo llevar adelante uno de sus primeros trabajos de envergadura. El artículo sobre «El Congreso Cisplatino (1821)» (1937) fue, según sus grandilocuentes palabras, «respaldado por una rigurosa contribución documental hasta entonces desconocida» (Vidaurreta, 2001: 37). Además, señaló que «[...] espíritus circunspectos calificaron mi obra de "irreverente". Después de algunos años recién pude apreciar el grado de inconsciencia que entrañaba el rumbo de mis investigaciones, que no respondían a otro objeto que a abrir camino claro a la verdad histórica del Uruguay» (Vidaurreta, 2001: 37).

Todo acto de memoria supone un ejercicio de resignificación de los acontecimientos a la luz del presente, y sobre todo de la intención de autolegitimación. En este caso, Pivel pretendió resaltar *a posteriori*, en sus orígenes de investigador, la obra nacional llevada adelante como historiador. Sin embargo, al analizar detalladamente el artículo referido, podemos contradecir esta mirada homogénea sobre la totalidad de su legado historiográfico.

Inicialmente, el joven Pivel citaba a los historiadores de rigor: durante sus años de formación como investigador, siempre remarcó la importancia que tuvieron estas figuras (Blanco Acevedo, Magariños Cervantes, De María y Bauzá, entre otros) para la historia de la historiografía nacional. También señalaba a Eduardo Acevedo, quien más adelante sería un intrigante olvido en su reelaboración del canon personal.

A su vez, y llamativamente con respecto al resto de su obra, mencionaba de buena gana a Francisco Berra, quien tendrá oportunidad de ser destronado en varios prólogos de Pivel editados por el Estado —tanto en la Colección... como en el *Archivo Artigas*—. Así, por ejemplo, en referencia al uso de moños azules en los brazos de los portugueses en el Congreso Cisplatino, en la nota 35 se puede leer: «El DR. FRANCISCO BERRA, con la base del artículo del *Argos*, que reproducimos bajo el n.º 37, séptima parte del presente Repertorio, dice, en su *Bosquejo histórico*, no siempre bien apreciado, a propósito de las fiestas del 5 de agosto...» (Pivel, 1937a, pág. 142).³⁵ Si bien parece una minucia, la referencia a Berra como un autor «no siempre bien apreciado» chocaría duramente con la opinión posterior

que tuvo el propio Pivel maduro sobre dicha obra y sobre su autor. Las primeras publicaciones de Pivel tuvieron un factor común que luego se repitió constantemente en su obra madura, con respecto al supuesto apego riguroso al documento. En el artículo señalado, se presentó una selección del repertorio documental vinculado al período de control lusitano (1820-1824), aunque primero Pivel llevó adelante un estudio crítico de dichos documentos, para luego citarlos íntegramente en el apéndice. Pivel describió los antecedentes del Congreso e hizo referencia a la gran variedad de documentos consultados, de manera exacta, resaltando parte de lo citado y señalando estrictamente de dónde había sido extraído. El artículo al que hacemos referencia fue acompañado por seis imágenes, pertenecientes a los protagonistas de lo narrado, y por algunas medallas de la época en manos del MHN. En otros casos, en los pies de página se citaban documentos enteros como forma probatoria, a veces por más de una página, aunque sin estudio crítico. Es, sin dudas, su primer trabajo extenso, con 314 páginas, de las cuales 265 constituyen un apéndice documental, lo que demuestra el enorme peso dado a las fuentes primarias en desmedro de la interpretación. Además, su estilo de escritura era desprolijo, con oraciones extremadamente largas y poco claras. Por ejemplo, puede leerse que

“ [...] mientras la Corte de don Juan VI en los doce años de residencia en Río de Janeiro, había intentado llevar a la práctica —y realizado en parte— el plan del Conde da Barca en el sentido de desarrollar una política que convirtiese a Portugal en gran potencia americana, como medio de compensar el abandono que hicieron de ella en el Congreso de Viena los otros estados europeos, las ideas liberales que se agitaban entonces en Europa habían ido madurando lentamente en la península un movimiento que estalló en 1820 (Pivel, 1937a: 115 y 116). ”

Durante todo el artículo, Pivel llevó adelante el relato de los acontecimientos sin ninguna valoración histórica interpretativa. Recién sobre el final, ensayó una serie de reflexiones heurísticas:

“ Los documentos que forman este libro, han sido reunidos en larga y penosa tarea. Al margen de otras actividades que guardan poca relación con la historia, la búsqueda de los antecedentes que a ella se van incorporando en un devenir sin término, presenta mayores dificultades. El placer de haberlas vencido y la emoción que depara ese peregrinaje por los Archivos —campo yermo en el concepto de muchos— es la única recompensa a que aspiró el autor de estas páginas, que ofrece a los estudiosos y profesores de su país, un manajo de documentos que encontró dispersos. Aun cuando adivine la sonrisa irónica de quienes sostienen desdeñosamente que es esta una tarea inferior de heurísticos y papelistas. Por cuanto siempre ha pensado que, entre nosotros, los estudios formales de historia son, desgraciadamente, casi confidenciales [...] (Pivel, 1937a: 160). ”

La mejor manera de resaltar las investigaciones, y sobre todo el trabajo con archivos, era explicitar esos elementos en el cierre del artículo. Pivel señaló varias cosas que resultaban

interesantes y que dejaban entrever el panorama del campo historiográfico uruguayo. Al inicio citó las dificultades que enfrentaba, para desarrollar una investigación, por culpa de los archivos. El acceso a estos no estaba nada aceitado en los años treinta, y el ingreso estaba reservado a unos pocos investigadores con vinculaciones políticas y personales de cuantía. Esos escollos fueron resueltos por el joven Pivel gracias a sus redes intelectuales.

Por otro lado, defendió su labor esgrimiendo que los estudios «formales» en historia eran «casi confidenciales», denostando a muchos investigadores sin mencionarlos, para no ganarse enemigos y para dejar un vacío a ser llenado por él mismo, gracias a la legitimidad otorgada por sus propios lectores. Además, Pivel dejó entrever lo pequeño que era el campo historiográfico uruguayo.

Finalmente, una vez que asumió como director del MHN, sus publicaciones tuvieron cambios sustanciales.³⁶ Por ejemplo, los temas sobre los que editó estuvieron vinculados a su nueva función en el Estado, ya que Artigas y la independencia de Uruguay comenzaron a ganar importancia en su trabajo, consumiendo sus tiempos de investigador. La variedad de temas dio paso a lo que le interesaba al Estado para afianzarse simbólicamente y construir ciudadanía.

Podría decirse, en función de lo desarrollado hasta aquí, que la llegada de Pivel a la dirección del MHN había tenido que ver con sus «dotes» como investigador. Sin embargo, si nos detenemos a considerar las redes intelectuales tejidas durante su juventud, nuestra perspectiva sobre su derrotero biográfico puede modificarse.

La formación de sus redes intelectuales (1928-1940)

El concepto de «redes intelectuales» (Devés Valdés, 2007) sugiere la relación entre un conjunto de personas que se abocan a la producción y difusión de sus ideas, y que se vinculan entre sí debido a su actividad intelectual.

Hablar de las redes intelectuales de Pivel, antes de ser director del MHN, supone ver el recorrido de un simple estudiante de secundaria con deseos de convertirse en historiador, con sobradas ganas de lograr sus objetivos a través del capital social que podía acumular en un pequeño medio intelectual como el montevideano de los años veinte y treinta. Debemos destacar que la consideración de sus redes nos hace reparar en varios núcleos intelectuales y de poder bien constituidos, a los que Pivel buscó ingresar gracias a cierta fama de joven erudito y con un vasto conocimiento de los archivos éditos e inéditos. En este caso, analizaremos cuatro de ellos: el núcleo historiográfico, el político-administrativo, el militar y el religioso.³⁷

Durante su estadía como estudiante de los cursos secundarios en el IAVA, Pivel tuvo profesores que contaban con ciertos puestos de privilegio en el campo cultural nacional. Uno de esos docentes, el ya mencionado Julio Lerena Juanicó (poeta, escritor y docente), fue fundamental para el ingreso de Pivel dentro del campo historiográfico en formación, ya que en 1928 le presentó a Daniel García Acevedo, Gustavo Gallinal, Mario Falcao Espalter,³⁸ Pablo Blanco Acevedo, Felipe Ferreiro y Luis Alberto de Herrera (Vidaurreta, 2001: 28 y 29). Pivel fue muy amigo de Julio Lerena Juanicó, quien fue además el presidente del Instituto Histórico; lo cierto es que gracias a ese contacto pudo conectarse con Eduardo Acevedo, el hegemónico historiador colorado. Durante el período relevado para este breve artículo, podemos constatar que el contacto asiduo a través de la correspondencia entre Lerena Juanicó y Pivel nos da a entender que fue quien apadrinó académicamente los primeros pasos del novel historiador y le permitió realizar los primeros contactos regionales con historiadores argentinos y brasileños.

También es bueno remarcar que, además de presentarlo en sociedad, el historiador estaba al frente del Archivo de la Catedral de Montevideo, por lo que, en consecuencia, luego de largas horas de consultas conoció allí a Alfonso Llambías de Azevedo.³⁹ Las cercanas relaciones entre el joven estudiante Pivel y Lerena Juanicó también pueden ser rastreadas en la biblioteca personal del historiador. Existen actualmente dos libros dedicados al historiador que sugieren cierta influencia directriz gestada durante los primeros años de su formación intelectual. Al prestarle o regalarle obras a quien, de alguna manera, era su discípulo, seguramente terminó influyendo en esas lecturas y en otras de

las que no tenemos registro. Además, estos libros de Lerena Juanicó estuvieron en la biblioteca piveliana hasta el final de sus días, lo que remarca su influencia y cariño.⁴⁰ Este núcleo de influencia política e intelectual que señalamos, no diferenciado en el Montevideo de los años reseñados, refuerza sus vínculos con la Iglesia católica, institución a la que estuvo ligado durante toda su vida. Según la historiografía Pivel era un católico practicante,⁴¹ aunque su hijo lo contradice efusivamente al afirmar que

“
*[...] mi padre no era católico para nada. No era católico ni de ninguna religión. Lo que pasa es que respetaba, tenía un aspecto conservador, respetaba lo instituido, la Iglesia católica con su valor de [...] horma de la sociedad. Respetaba la jerarquía católica. De hecho, cuando él fue ministro, fue la primera vez que los estudiantes de colegios católicos pudieron subir gratis a los autobuses.*⁴²
 ”

Aprovechando sus vínculos con la Iglesia, llegó a tener como compañero en la Orden Tercera de los franciscanos a Enrique Gamio, quien lo presentó en el liceo Gabriela Mistral, donde comenzó a dictar clases de historia en 1930.

Por otro lado, debemos indicar que el mejor lugar para desarrollar las redes intelectuales, dentro del campo historiográfico, se encontraba en las habituales reuniones realizadas por el Instituto Histórico. A raíz de los vínculos construidos por el joven Pivel dentro de dicha institución, primero pudo ingresar en 1931 como miembro común y, luego, en 1935 se gestó su consolidación como miembro de número, con récord de votos según él mismo recordara (Vidaurreta, 2001: 36).

Gracias a su relación con el Instituto, Pivel conoció a Virgilio Sampognaro⁴³ dentro del AGNU, en 1928. Por él ingresó a la Comisión de Límites, donde se acercó a la historia diplomática y pudo editar algunos artículos dentro de la *Revista del Ministerio de Relaciones Exteriores*, que había vuelto a ser editada. Sin embargo, cuando Sampognaro dejó su puesto de canciller del Uruguay por el de embajador en Alemania, en 1934, la revista dejó de salir. En parte, esto generó el vuelco de Pivel hacia la docencia (Vidaurreta, 2001: 32-34).

De todos los historiadores conocidos por el joven Pivel en 1928, algunos nombres fueron fundamentales para permitirle continuar su rápido ascenso. Primero, García Acevedo lo autorizó a ingresar en los archivos personales de Lucas Obes⁴⁴ y de Julio Herrera y Obes,⁴⁵ y le facilitó la consulta de la correspondencia de Nicolás Herrera, lo que le valió varias publicaciones durante su etapa juvenil.

Además, también tuvo contacto con Felipe Ferreiro (senador por el Partido Nacional, historiador, miembro y presidente del Instituto Histórico), quien fuera más adelante su íntimo amigo y con quien logró la agregatura en Historia americana para dar clases en la sección femenina del IAVA. Según manifestó Pivel, con Ferreiro discutió sobre la Guerra Grande, y en función de dichas discusiones terminó publicando un libro sobre el conflicto (Vidaurreta, 2001: 42-48).⁴⁶

Gracias a su relación con el político blanco, Pivel viajó por primera vez a Río de Janeiro en 1934. Como hemos mencionado, allí se dedicó a la copia de documentos que fueron publicados por la revista del Instituto, entre 1937 y 1938, y le valieron los elogios de Ferreiro. Años más tarde, Pivel recordó, en entrevista con Vidaurreta, la definición que el historiador hizo sobre su persona: «un joven sabio que reúne, a preclaras dotes de talento y cultivada ilustración, un entusiasmo abnegado y sin límites por la investigación y el mayor progreso de la historia» (Vidaurreta, 2001: 38). Este recuerdo, muy elogioso, por cierto, es rescatado del olvido por su propio protagonista, a manera de autoelogio que casualmente pintaba la humildad de Ferreiro, pero también lo «joven» y «sabio» que era considerado por entonces Pivel.

En dicho viaje, y tras el intento de Pivel de ingresar a Itamaratí en busca de documentación sobre la historia del Uruguay, logró, por intermedio del historiador Pablo Blanco Acevedo, acercarse personalmente a su hermano, el embajador uruguayo Juan Carlos Blanco.⁴⁷ Como dijimos anteriormente, fue este último quien hizo los arreglos necesarios para que Pivel pudiera tener contacto con documentos alojados en el Ministerio de Relaciones Exteriores en Brasil, sobre todo aquellos pertenecientes al período cisplatino (Vidaurreta, 2001: 34 y 35),⁴⁸ lo que permitió la configuración de su importante artículo sobre el tema.

Finalmente, podemos entender la indudable significación que Pivel le otorgó a su amistad con Ferreiro, quien era, a su vez, amigo y colaborador de uno de los políticos más importantes del período: Herrera. Fue el caudillo blanco quien, como sabemos, influyó sobre Pivel y lo ayudó a llegar a ser director del MHN. Algo que no fue recordado por el viejo Pivel es que, como forma de agradecimiento *post mortem* (Ferreiro murió en 1963), él mismo introdujo en la Colección... un artículo de su antiguo amigo.⁴⁹

Otra esfera de influencia en la que Pivel estuvo inmerso fue el Ejército, en donde conoció a un amigo de su padre, el coronel Pedro Onetti. A través de este contacto, llegó al coronel Orosmán Ledesma, quien era jefe del Archivo del Estado Mayor del Ejército, y a Santiago Abella, quien le presentó al presidente de la República, Juan Campisteguy, también conocido de su padre. A través de estas relaciones, y por intermedio del jefe del Estado Mayor, el general Francisco Borges, Pivel ingresó como soldado sin sueldo para poder trabajar cómodamente en el Archivo del Ejército uruguayo (Vidaurreta, 2001: 30-32).

Gracias a sus vínculos, durante el año 1937 Pivel obtuvo un puesto como docente en el Instituto de Estudios Superiores, dirigido por Eduardo García de Zúñiga, al que concurrían habitualmente sus amigos Lerena Juanicó y García Acevedo (Vidaurreta, 2001: 30-32).

También en dicho año, Pivel se encaminó a estudiar en el Archivo del Cabildo de Montevideo, en donde conoció a José Espalter⁵⁰ por intermedio de Herrera. A raíz de dicho acercamiento, Pivel pasó a trabajar en forma rentada en la Cancillería. En junio de 1938, el nuevo ministro de Relaciones Exteriores, Alberto Guani, lo nombró asesor especial, lo que le permitió ingresar en el Consejo de Ministros y opinar sobre los distintos temas de la Secretaría en momentos difíciles para la región y el mundo, ya que se acercaba el inicio de la segunda guerra mundial (Vidaurreta, 2001: 41 y 42).

El acceso a los archivos tenía doble intención: por un lado, aumentar su bagaje erudito fomentando el conocimiento positivista clásico, de apego al documento; por otro, conectar con otros investigadores, de intereses afines, que le permitieran darse a conocer y consagrarse en el pequeño campo historiográfico, para capitalizar sus estudios históricos y tener acogida en las pocas publicaciones disponibles. Además, debemos destacar que, para el poco desarrollado campo historiográfico uruguayo, la copia de documentación se configuró en una práctica heurística clave que ocupó a la mayoría de los noveles historiadores. Algo que ya puede observarse, en los primeros pasos del joven Pivel, es su vinculación fluida y multidireccional con las diversas esferas públicas y privadas más o menos relacionadas con el campo historiográfico.

El final de la juventud

En abril de 1940 murió Daniel Martínez Vigil, director del MHN, dejando su puesto vacante. Entonces comenzaron los movimientos de redes y de capital social que se habían desarrollado alrededor de Pivel. La figura clave fue Herrera: el caudillo del Partido Nacional se conectó con Buenaventura Caviglia y con su hermano Luis, ambos integrantes del Partido Colorado, quienes a su vez conectaron con el presidente Alfredo Baldomir para designar a Pivel como el nuevo director del museo (Vidaurreta, 2001: 41-44).

Claramente, Herrera —quien mantenía contacto directo con Pivel, y a quien le aconsejaba que se dedicara a la historia, lejos de la política partidaria— pudo observar con buenos ojos la posible llegada de un historiador de su bandería política a puestos hegemónicos dentro del campo historiográfico.⁵¹ Los gestos de Herrera no solo estuvieron motivados por la amistad, sino también por cuestiones ideológicas; Pivel podía desplazar del discurso dominante la mirada colorada sobre la historia nacional.

El MHN, creado en 1838, fue pensado como una institución que contribuyera a la conformación histórica de la identidad nacional. La llegada de Pivel a dicho recinto decantaba

una de las tantas posibilidades que tenía en su horizonte de expectativas. Desde sus redes políticas se le habían ofrecido algunos cargos dentro de la órbita estatal, como el de diplomático o incluso el de diputado por el Partido Nacional; sin embargo, ingresar al MHN le permitió posicionarse como una figura dentro del campo historiográfico que intentaba narrar una historia nacional que revisara el relato oficial claramente colorado y contrario a los postulados de su partido. Desde allí, Pivel organizó y aumentó la documentación existente; adquirió obras a través de canjes con otras instituciones similares en América; obtuvo ocho nuevos locales —casas de distintos próceres patrios— y retomó la publicación oficial del museo denominada la *Revista Histórica*, a partir de 1942.

La victoria del joven Pivel y su pasaje a la vida madura como intelectual, con una posición cada vez más potente en términos de poder cultural, se vio coronada con su gran obra historiográfica escrita en los años subsiguientes. En 1941, la Universidad de la República le otorgó por primera vez el premio Pablo Blanco Acevedo a obras históricas. En 1934, durante su viaje a Río de Janeiro, Pivel conoció —gracias a Ferreiro— a Mateo Magariños de Mello, descendiente del historiador Mateo Magariños Cervantes. Magariños se hizo su amigo, y debido al interés por la historia que su padre le había contagiado, leyó los apuntes de las clases dictadas por Pivel para los cursos de 1936 a 1940.⁵² A partir de estas anotaciones, armó una versión mecanografiada que, luego de algunos ajustes, fue presentada por Pivel para el concurso, con el seudónimo de Rojo y Blanco. Como recordó el mismo Pivel, haciendo ver lo pequeño del campo historiográfico, «no era difícil suponer quién podía ser el autor, habida cuenta de la notoriedad del curso dictado en 1939» (Vidaurreta, 2001: 46). El tribunal del concurso estuvo integrado por el rector de la Universidad, José Pedro Varela Acevedo, y por Rafael Schiaffino,⁵³ Eduardo Acevedo, Felipe Ferreiro y Ariosto González. Finalmente, en noviembre de 1941 se le otorgó el premio al libro de Pivel titulado *Historia de los partidos políticos en el Uruguay* (Vidaurreta, 2001: 47).

En diciembre de 1941, se realizó una cena homenaje, planificada por sus colegas y amigos, a la que concurrieron algunas personalidades políticas y miembros del jurado. La presencia de esas figuras, en esa instancia de consagración, demuestra lo bien tejidas que estaban sus redes por esos años. Allí se encontraban su padre, Herrera, Eustaquio Tomé,⁵⁴ Luis Caviglia y Schiaffino.⁵⁵

A la luz de su particular periplo biográfico, creemos que con el fin del joven Pivel muere el historiador innovador y nace el conservador. Con una obra en la que asentar su figura historiográfica, y con un puesto dentro de la administración estatal y de defensa del patrimonio histórico nacional, esta fue la hora de un nuevo Pivel, más maduro y consagrado...

Notas

¹ Este artículo toma como base un capítulo de mi tesis doctoral. Ver: Gutiérrez (2021). También se enmarca en una futura biografía sobre Pivel en la que estoy trabajando.

² El corpus documental que hemos empleado, para estudiar al joven Pivel, se centró en el período 1928-1940, entre su egreso del colegio secundario y su nombramiento como director del MHN.

³ Los Pivel serían originarios de la región de Lorena, el componente vasco sería un invento que se ha repetido con mucho éxito; Juan Pablo Pivel afirma con relación a su padre que «cuando dicen Pivel de origen vasco eso se lo inventó él. En el fondo porque su origen le importaba un carajo» (Entrevista a Juan Pablo Pivel Ranieri, 15 y 17 de noviembre de 2020).

⁴ Los Devoto serían de Chiavari, un pueblo cerca de Génova.

⁵ En la calle Canelones 1629, entre Minas y Lorenzo Carnelli.

⁶ En la casa donde viviría el resto de su vida, en José Ellauri casi José María Montero.

⁷ Estos libros lo marcaron durante todo su derrotero como lector, lo que se traduce luego en la importancia atribuida por Pivel a este autor dentro de la Colección..., de quien edita varios títulos.

⁸ Editado posteriormente en la *Hispanic American Historical Review* bajo el título «Interview to Juan E. Pivel Devoto» (febrero de 1989).

⁹ Este libro fue tomado como una fuente importante para observar las redes intelectuales pivelianas, con las que trabajaremos más adelante, conformadas en los primeros años de su carrera como investigador.

¹⁰ El Archivo de Pivel en el AGNU es sumamente extenso, consta de 489 cajas. La sección cartas (enviadas, recibidas y de terceros) está compuesta por 15 cajas que recorren el período 1928-1997. Debemos destacar que para este artículo trabajamos con más de 1500 hojas de correspondencia, con diversos estados de conservación, que en algunos casos hizo muy difícil la lectura. A su vez, también consultamos la biblioteca personal de Pivel (de historia americana y nacional; la universal sigue bajo control de sus herederos) que hoy en día no está catalogada en su inmensa mayoría, y que se calcula tiene cerca de 20 mil volúmenes. En este caso, el material está en óptimas condiciones, bajo el control de la Universidad de Montevideo, y nos ha servido para trabajar con las dedicatorias (un total de 296), como forma de relevar el carácter de los lazos establecidos entre los autores de las obras dedicadas y Pivel.

¹¹ Los planes de lectura a los que aludimos son confeccionados de forma autónoma y, en varios casos, gracias a referencias de otros integrantes del campo historiográfico en formación. El caso de Bauzá, que detallaremos, señalaba una serie de referencias que podríamos equiparar con los actuales estados de la cuestión de las investigaciones emprendidas en las tesis de doctorado o maestría.

¹² El ejemplar de la *Historia de la dominación...* que Pivel guardó en su biblioteca personal durante toda su vida tenía un claro valor afectivo, fue el que le regaló su madre antes de morir en 1926.

¹³ Dentro de esta colección documental sobre Artigas, se extrajo un artículo escrito por Frigeiro, que fue editado en el tomo titulado *La independencia nacional* (1975), publicado por la Colección... y prologado por Pivel.

¹⁴ Hablamos de Isidoro de María (1957): *Montevideo Antiguo*; Alejandro Magariños Cervantes (1963): *Estudios históricos, políticos y sociales sobre el Río de la Plata*; Juan M. de la Sota (1965): *Historia del territorio oriental del Uruguay*. Los otros autores publicados, pero no prologados por Pivel, fueron: Carlos María Ramírez (1953): *Artigas*; Dámaso A. Larrañaga (1965): *Selección de escritos*, y Francisco Acuña de Figueroa (1978): *Diario histórico del sitio de Montevideo*.

¹⁵ La lista se encuentra en Bauzá (1965: 64 y 65).

¹⁶ AGNU, Archivo Pivel Devoto, Caja 321, Carpeta 1310, Cartas recibidas por Pivel, f. 2.

¹⁷ Pivel aprovechará, posteriormente, para adjuntar a sus otras publicaciones algunas de las cosas que indagó.

¹⁸ Furlong Cardiff (1889-1974) fue un prolífero historiador íntimamente emparentado con la Iglesia católica, ya que era sacerdote jesuita. Hacia 1930, en una estadía en el colegio Sagrado Corazón de Montevideo, tuvo contacto con varios historiadores, entre ellos Pivel, con quien trabó amistad y con el que colaboró en sus primeros trabajos historiográficos.

¹⁹ En el caso de Pivel, no es una exageración decir que citaba extensamente documentos o autores. En varios de sus libros lo hacía, a menudo, por más de cinco páginas, generalmente como forma de ilustrar aquello que explicaba o afirmaba.

²⁰ Es raro que el Pivel más maduro asumiera sus errores. En sus publicaciones posteriores, si bien podía cambiar de parecer, no registraba esos cambios o errores. Veremos algunos ejemplos a lo largo del capítulo.

²¹ Puede consultarse en Pivel y Furlong (1930, nota 16, págs. 16 y 17).

²² Luego de la muerte de Eduardo Acevedo en 1948, el Estado se quedó sin historiador oficial, y su ausencia tuvo que ser subsanada. La progresiva acumulación de capital político y cultural llevada adelante por el maduro Pivel permitió que esa vacante fuera rápidamente ocupada por él.

²³ Según se puede leer en su justificación, la idea del *Boletín* era editar «documentos inéditos, metódicamente agrupados, de carácter histórico-diplomático, relativos al país. Con ello se tiene el propósito de ir poniendo a disposición de los historiadores y de los historiógrafos, materiales desguazados, extraídos de nuestro disperso acervo documental» (Pivel, 1933a: 3).

²⁴ AGNU, Archivo Pivel Devoto, Caja 321, Carpeta 1313, Cartas ni recibidas ni enviadas por Pivel, f. 6.

²⁵ agnu, Archivo Pivel Devoto, Caja 321, Carpeta 1313, Cartas recibidas por Pivel, f. 93.

²⁶ agnu, Archivo Pivel Devoto, Caja 321, Carpeta 1313, Cartas recibidas por Pivel, f. 46.

²⁷ AGNU, Archivo Pivel Devoto, Caja 321, Carpeta 1313, Cartas recibidas por Pivel, f. 50.

²⁸ AGNU, Archivo Pivel Devoto, Caja 321, Carpeta 1313, Cartas recibidas por Pivel, f. 187.

²⁹ AGNU, Archivo Pivel Devoto, Caja 321, Carpeta 1313, Cartas recibidas por Pivel, f. 62.

³⁰ AGNU, Archivo Pivel Devoto, Caja 321, Carpeta 1313, Cartas recibidas por Pivel, f. 154.

³¹ AGNU, Archivo Pivel Devoto, Caja 321, Carpeta 1313, Cartas recibidas por Pivel, f. 50.

³² El trabajo de copia y transcripción de archivos se hacía directamente bajo órdenes de Lereña Joani y Buenaventura Caviglia (hijo), con los cuales mantenía asidua correspondencia y quienes a través del Instituto Histórico le enviaban dinero para que pudiera solventar sus gastos.

³³ agnu, Archivo Pivel Devoto, Caja 321, Carpeta 1313, Cartas recibidas por Pivel, fs. 55-56.

³⁴ agnu, Archivo Pivel Devoto, Caja 321, Carpeta 1313, Cartas recibidas por Pivel, f. 49.

³⁵ Mayúsculas en el original. El destacado es mío.

³⁶ Sus artículos fueron publicados por la revista de la UTU (Universidad del Trabajo del Uruguay) llamada *Voluntad*.

³⁷ Para estudiar sus redes nos centraremos en el ámbito nacional. Para observar la configuración de sus relaciones intelectuales fuera de fronteras sugiero la lectura de Sansón (2017), aunque el corte cronológico propuesto por el artículo exceda al nuestro.

³⁸ Merecedor de un tomo dentro de la Colección... llamado *El Uruguay entre dos siglos* (1983). Cabe destacar que un ejemplar de la obra (*Entre dos siglos. El Uruguay alrededor de 1800* impreso en 1922, en la que se basa el editado por el Estado) se encontraba en la biblioteca de Pivel, dedicado por Falcao Espalter (1932), con una dedicatoria en la que se lo llamaba a Pivel «investigador y amigo».

³⁹ Este se encargó del prólogo de los dos tomos de Emilio Oribe (1968), *Poética y plástica*, editados por la Colección...

⁴⁰ Agreguemos que Lereña Juanicó murió en 1938, sin ver la llegada de Pivel a la dirección del MHN.

⁴¹ Ver Rilla (2008), Sansón (2006 y 2007) y Vidaurreta (2001).

⁴² Entrevista realizada a Juan Pablo Pivel Ranieri (15 y 17 de noviembre de 2020). Debemos agregar que en otra entrevista hecha a Luis Alberto Lacalle Herrera (29 de agosto de 2022) —muy cercano a Pivel gracias al estrecho vínculo que tuvo con su padre, y además un ferviente católico—, este coincidió con las citadas expresiones del hijo de Pivel.

⁴³ Las relaciones vienen de antes, si bien nunca hubo un vínculo directo entre los dos, Sampognaro fue amigo de su padre, y además su hijo fue amigo en la infancia de Pivel.

⁴⁴ De origen patricio, Lucas Obes (1782-1838) fue una de las figuras políticas más activas en los años de la transición entre la colonia y la definitiva independencia. Fue ministro de Gobierno del primer presidente del Uruguay, Fructuoso Rivera el fundador del Partido Colorado, fue la figura dominante de la política en aquellos años.

⁴⁵ Fue presidente del Uruguay (1890-1894) y figura del civilismo colorado. Descendiente de Lucas Obes integró el patriciado uruguayo.

⁴⁶ En 1953 editó, en colaboración con su esposa Alcira Ranieri, *La Guerra Grande 1839-1851*.

⁴⁷ En la biblioteca personal de Pivel existe un libro que perteneció a Blanco y otro dedicado por él (*Discursos y escritos [1879-1910]*), en el que lo señala a Pivel como su «afectuoso amigo» (1949).

⁴⁸ El «arduo» trabajo que le propinaba la consulta de estos archivos terminó con un diagnóstico de anemia, según relató Pivel (Vidaurreta, 2001: 35). Ese «recuerdo» (real o imaginario) era rescatado para demostrar el nivel de entrega al trabajo que soportaba su cuerpo.

⁴⁹ Fue «La revolución de 1825 y la independencia nacional» en AAVV (1975): *La independencia nacional*, tomo I.

⁵⁰ Espalter fue senador, diputado y ministro del Interior y de Relaciones Exteriores por el Partido Colorado.

⁵¹ En el agnu hay escasas comunicaciones de Herrera con Pivel. Consultado sobre este punto, su nieto, Luis Alberto Lacalle Herrera, afirmó que la relación entre Pivel y Herrera era muy cercana y se desarrollaba de forma personal y sin intermediarios

⁵² Los apuntes habían sido tomados por Alcira Ranieri, alumna y luego futura esposa de Pivel. Es Ranieri una historiadora olvidada por la historiografía uruguaya, si bien contribuyó en muchas obras de Pivel (*Historia de la República Oriental del Uruguay y La Amnistía en la tradición nacional*, como para nombrar algunas), su doble formación como jurista y docente de historia la hacen una personalidad lo suficientemente importante como para dedicarle mucho más que estas simples líneas en una nota a pie de página.

⁵³ Más adelante, la obra de Schiaffino será editada por la *Revista Histórica* de Pivel, realizando tres publicaciones suyas en dos años: «Política colonial. Incidencias entre don Pedro de Cevallos y don José Joaquín de Viana» (1954, v. 21) y «Guaranismos. Ensayo etiológico», en dos entregas (1956, vols. 25 y 26).

⁵⁴ Tomé fue colaborador de Pivel en la Colección... y en la *Revista Histórica*.

⁵⁵ Quien se excusó por enfermedad fue Buenaventura Caviglia (Vidaurreta, 2001: 48).

Bibliografía

Fuentes primarias

Colección de clásicos uruguayos, Biblioteca Artigas (1953-1982). Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social.

Revista Histórica, segunda época (1942-1982), Museo Histórico Nacional.

Fuentes inéditas

Archivo General de la Nación del Uruguay. Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública (1883-1891).

(---). Juan E. Pivel Devoto (1770-1997).

Biblioteca Personal Pivel Devoto. Montevideo: Universidad de Montevideo.

Bibliografía general

BAUZÁ, Francisco (1965): *Historia de la dominación española en el Uruguay*. Tomo I (segunda parte). Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Seguridad Social, Colección de Clásicos Uruguayos.

BOURDIEU, Pierre (2002): *Campo de poder, campo intelectual*. Buenos Aires: Montessor.

DARNTON, Robert (2010): *El beso de Lamourette: Reflexiones sobre historia cultural*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

DEVÉS VALDÉS, Eduardo (2007): *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*. Santiago de Chile: Universidad de Chile.

GUTIÉRREZ, Néstor (2021): *Juan Pivel Devoto y la Colección de clásicos uruguayos como constructora de un canon literario nacional (1953-1982)*. Tesis de posgrado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

(---). (2022): *La nación de Papel*. Montevideo: Mastergraf.

PALOMEQUE, Ágapo (2012): *Historia de la educación uruguaya*. Tomo 3: La educación uruguaya 1886-1930. Montevideo: Ediciones de la Plaza.

PERRET, Eduardo (1923): *Ensayo de historia patria: obra adaptada a los programas de maestros y de la Universidad de Montevideo*. Montevideo: Barreiro y Ramos.

PIVEL DEVOTO, Juan (1930): «La imprenta del Ejército Republicano, 1826-1828», en *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Tomo II, Buenos Aires.

PIVEL DEVOTO, Juan y FURLONG CARDIFF, Guillermo (1930): «Historia y bibliografía de la Imprenta de la Provincia (1826-1828) y de la Imprenta San Carlos», en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, Vol. vii, Montevideo.

PIVEL DEVOTO, Juan (1930): «La imprenta del Ejército Republicano, 1826-1828», en *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Tomo II, Buenos Aires.

(---). (1931): «La misión de Nicolás Herrera a Río de Janeiro (1829-1830). Contribución al estudio de nuestra historia diplomática», en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, Vol. viii, Montevideo, Imprenta El Siglo Ilustrado.

(---). (1932): «La misión de Francisco J. Muñoz a Bolivia (1831-1835). Contribución al estudio de nuestra historia diplomática», en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del*

Uruguay, Vol. ix, Montevideo, Imprenta El Siglo Ilustrado.

(---). (1933a): «De nuestra historia diplomática», apartado del *Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores*, Montevideo, Imprenta El Siglo Ilustrado.

(---). (1933b): «General Fructuoso Rivera», apartado del *Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores*, Vol. ii, n.º 4-5. Montevideo, Imprenta El Siglo Ilustrado.

(---). (1933c): «Los corsarios de Artigas», apartado del *Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores*, Vol. ii, n.º 4-5. Montevideo, Imprenta El Siglo Ilustrado.

(---). (1933d): «Contribución documental sobre nuestras relaciones diplomáticas y comerciales con Gran Bretaña 1834-1835», apartado del *Boletín de Relaciones Exteriores*, n.º 5-6, Montevideo, Imprenta El Siglo Ilustrado.

(---). (1934-1935): «El Instituto Histórico y Geográfico Nacional 1843-1845, documentos que sirven para su historia pública», en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, Vol. xi, Montevideo, Imprenta El Siglo Ilustrado.

(---). (1937a): «El Congreso Cisplatino (1821)», apartado de la *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, Vol. xii, Montevideo, Imprenta El Siglo Ilustrado.

(---). (1937b): «El Congreso Cisplatino (1821)», en *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, Vol. xii, Montevideo, Imprenta El Siglo Ilustrado.

(---). (1938-1939): «Las ideas políticas de Bernardo P. Berro», en *Revista Nacional*, Vol. 129-134, Montevideo.

(---). (1940a): «Exaltación de Artigas», en *Revista Voluntad*, Año vii, n.º 8, Montevideo, Universidad del Trabajo.

(---). (1940b): «Manuel José García y la independencia del Uruguay», en *Anuario de Historia Argentina*, Volumen i, Buenos Aires.

(---). (1940c): «Las imprentas históricas que estuvieron al servicio de la causa de la Independencia 1826-1828», en *Revista Voluntad*, Año i, apartado 1, Montevideo, Universidad del Trabajo.

Rama, Ángel: «La feria por dentro o el arte de vender uruguayos», en *Marcha*, 27 de enero de 1961, Montevideo.

RILLA, José (2008): *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*. Montevideo: Debate.

SANSÓN CORBO, Tomás (2006-2007): «La influencia argentina en la configuración de la historiografía uruguaya. Estudio de caso: Francisco Bauzá», en *Trabajos y Comunicaciones*, n.º 32-33, La Plata, UNLP.

(---). (2011): *El espacio historiográfico rioplatense y sus dinámicas (siglo XIX)*. La Plata: Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires.

(---). (2017): «El "colegio invisible" de la historiografía de la región platense entre las décadas de 1930 y 1950», en *Naveg@mérica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, n.º 19.

VIDAURRETA, Alicia (2001): *Conversaciones con Juan E, Pivel Devoto*. Montevideo: Ediciones de la Plaza.